

Festín

QUETA NAVAGÓMEZ

Sol en cenit que parece desbaratarse en lentejuelas amarillas, las veredas candentes se bifurcan sobre la desértica línea del horizonte. No hay viento; el calor tortura la piel quemada de las piedras. A los lejos se yer-guen los restos negros y dentados de lo que fuera una ciudad.

Apoyada en un viejísimo bastón, la bruja camina trabajosamente, hundiendo los gastados botines en la arena. El sol, la arena y el aire punzan sobre la piel sedienta. Mueve con su bastón los desperdicios nucleares acumulados por años hasta encontrar el reseco cadáver de un armadillo. Sorprendida por el hallazgo se frota los ojos. No sueña: es en verdad el cadáver de un armadillo. Se inclina a levantarlo y, con la lengua terminada en punta de alfiler, lo limpia de escarabajos y arañas que insisten en refugiarse en el pelaje hirsuto.

Casi para devorarlo le nace un antojo de carne fresca; hace muchísimo que sus escasos molares no desbaratan hebras jugosas ni su lengua se sumerge en la roja tibieza de la sangre. El antojo la está venciendo: deja de importar el hecho de que después de dar vida experimentará una debilidad tal, que será incapaz de sostenerse en pie. Automáticas, las glándulas salivales desperdician un poco de su líquido para excitar a una lengua reseca. El capricho toma una importancia des-

mesurada y sólo interesa el festín. Coloca al animal entre las manos y de sus ojos glaucos brota una luz finísima; cirugía fosforescente; sabiduría de alquimista que modela el cuerpo del armadillo, hasta que, jugoso, le late otra vez el corazón. La sangre irriga cauces arteriales y el animal abre los ojos, para, asustado, retraerse entre la concha.

El rostro seco de la bruja se distiende en carcajadas: carne fresca, jugoso banquete; regalo extraordinario a su vejez. Debilitada por el esfuerzo cae sobre la arena y abre las fauces.

Fauces que se quedan abiertas en mueca grotesca y permanente, porque el armadillo escapa de sus garras. A cada movimiento, el caparazón de córneas escamas produce cascabeleos; una música traviesa que se aleja mientras refulge ante luz del sol. ■



Antonio Ledesma